

12 de Abril de 2017

Mt 26: 14-25

Hoy, Jesús nos dice que su hora está cerca. Él sabe lo que Judas está a punto de hacer y los eventos que están a punto de desplegarse. Sin embargo, a pesar de que sabe que los soldados romanos están a punto de golpearlo sin piedad, marcharlo desnudo por las calles, clavarlo en una cruz y colgarlo para morir, sigue adelante.

No huyó de su cruz. Él voluntariamente la abrazó. Es en la cruz donde encontramos a Jesús.

No podemos elegir las cruces que se nos dan y debemos soportar en esta vida. Y a veces, la cruz que Dios nos da es la que más tememos.

Sin embargo, como cristianos, podemos elegir cómo vamos a lidiar con esas cruces. Dios no siempre nos da lo que queremos, pero siempre nos ha dado y siempre nos dará lo que necesitamos. Con ese conocimiento y fe, debemos ver nuestras cruces como una señal o camino que Dios nos está dando para guiarnos a nuestra casa en el cielo.

Cuando nuestros hijos nos decepcionan, cuando perdemos nuestros trabajos, cuando nuestro cáncer regresa, podemos huir de nuestra cruz o distanciarnos de Jesús, o podemos abrazarla y aferrarnos a Él.

La cruz de Jesús parecía ser su derrota final. Pero convirtió esa derrota en su mayor victoria. Como sus seguidores, tenemos que hacer lo mismo.

Preguntas de reflexión:

Si crees que Jesús voluntariamente abrió sus brazos en la cruz, sufrió inmensamente y murió por ti, ¿qué estás haciendo al respecto?

¿En qué piensas al abrir las puertas de tu santuario y entrar en su presencia?

Reflexión del diácono Ed Bodley, San Juan Evangelista.